



Vapor "La Plata" de la Mala Real inglesa. Fuente: Conways History of the Ship, The advent of steam. En este vapor regresó el Prbro. González de Inglaterra a St. Thomas en 1861.

“Apuntaciones de los motivos que indujeron al Presbítero Don Ramón González a pensar en el viaje a Roma y la historia de dicho viaje, en los meses contados desde la salida de Puntarenas hasta volver del mismo, en el año de mil ochocientos sesenta y uno.

Heredia, julio 10 de 1862”

Texto transcrito por Jorge León a partir de una fotocopia conservada en la Biblioteca Meléndez, Centro de Documentación del CIHAC. El original era de propiedad del señor Jorge Solera.





CONTENIDO

ADVERTENCIA.....	4
MOTIVOS.....	4
CASUALIDADES.....	7
PUNTARENAS.....	11
EMBARQUE.....	13
COLÓN.....	14
Sauthamton.....	18
PARIS.....	22
MARCELLA.....	24
CIVITA VECHIA.....	26
ROMA.....	27
SALIDA DE ROMA.....	28
MARCELLA DE VUELTA.....	30
DE VUELTA EN PARIS.....	32
A BORDO EN EL SENA (<i>SEINE</i>) DE VUELTA.....	34
DE VUELTA EN SAN THOMAS.....	34
DE VUELTA EN PANAMA.....	35
DE VUELTA EN PUNTARENAS.....	36
REGRESO AL INTERIOR.....	36
HEREDIA.....	37
RESULTADO.....	39
CONCLUSION.....	39



ADVERTENCIA

Hoy día dies de Julio de mil ochocientos sesenta y dos, recuerdo que hace un año completamente que a las seis de la mañana estaba incado en la gran Basílica de San Pedro en Roma, con un diploma en la mano en que el Ilustrísimo señor Obispo Don Anselmo Llorente y la Fuente, me comisionaba para que a su nombre hiziese la visita, que el como prelado de esta Santa Iglesia, debía hacer á los Sagrados restos de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, y reiterar el fundamento que previene el derecho.

Yo tenía de antemano mis apuntaciones que hize (para mi viaje) a Italia: me ha parecido conveniente ponerlas en limpio, para que sino otro día tengan mis amigos con que divertirse y pasar una tarde de invierno: pues aun que esta pequeña narración no sea una cosa científica y rara, al menos es una cosa verídica, y puede contribuir en algo al aumento de la fe y bien de mis amigos y que mas tarde se pueda sacar alguna cosa útil para otros que quieran hacer igual viaje. (fl. 1)

MOTIVOS

Desde mi juventud, tenía yo vivos deseos de hacer un viaje a Palestina, y ver siquiera un objeto de los que sirvieron a la pasión de nuestro señor Jesuchristo. Entrando en años, a pesar de mi pobreza, me dedique al estudio; y habiendo llegado a la Ciudad de Guatemala para continuarlos, supe que había en el convento de Santa Teresa de Jesús, una monja llamada la madre Teresa, y que estaba en opinión de Santa. A la vez me encontraba en compañía del finado don Ramón García vecino de aquí, y resolvimos escribirle una carta cada uno a dicha monja, con el fin de que nos dijera que estado nos convendría. Se hizo así. Pasados tres días, nos dijo un Carmelo llamado el hermano Pío, que la madre Teresa quería hablar con nosotros, al efecto fuimos a la portería del Monasterio, tocamos el torno y vino dicha monja: le dijo a mi compañero que sus días serían muy cortos, que arreglara su conciencia; que se biniera al lado de sus padres, y que no la convenía



ordenarse: le hizo un regalo de frutas; y a mi me dijo cosas (fl. 2) que no debo referir en este lugar: que me ordenaría muy pronto: que desempeñaría comisiones grandes; y que tal vez iría a la Ciudad Eterna: que la encomendara a Dios por donde quiera que anduviese: que ella lo haría lo mismo conmigo, y que estudiara mucho por que el tpo (tiempo) se me estaba pasando. He aquí como se me aumentó mas el deseo de ir siquiera a Roma.

Por los años de mil ochocientos treinta y ocho, me fui a ordenar a la Ciudad de Cartagena (Nueva Granada) por que en toda Centroamérica no había ningún Obispo. Vine de este lugar el año de cuarenta. Estube un año de Coadjutor en Alajuela: cuatro años y meses de Cura de Esparza: como otro tanto tiempo de Cura en Alajuela: después estube de Coadjutor allí mismo: en seguida me mandaron a Puntarenas para que concluyese la Iglesia y dejara el nuevo curato en corriente. Renuncie de aquel destino ante el señor (Obispo) Viteri, y volví á Alajuela. En este tiempo se declaró en Obispado independiente Costarica. Vino el señor Obispo Llorente, y en seguida me mandó de cura a la villa de Barba. (fl. 3)

Entonces vendí mi casa que tenía en Alajuela y un potrerito, y comensé a guardar recursos para mi viaje a Roma.

Una vez hecho cargo de la villa de Barba, me obligó el señor Obispo a asegurar los fondos píos de aquella villa, comisión por cierto bastante ardua. En fin debido a los buenos sentimientos de aquel vecindario, se aseguraron todos los fondos de la Iglesia sin disgusto, y con aplauso del mismo vecindario. Tomé el archivo del Curato a ver las hermandades, y sobre todo la tercera orden del Patriarca San Francisco fundadas en aquella villa. Observé que desde el año mil ochocientos diez y ocho, en el último consistorio que tubo lugar en la Ciudad de Granada, declararon los muy R.P. (reverendos padres), que la tercera orden del Seráfico Padre San Francisco, duraría en Barba el tpo (tiempo), que dicha feligresía fuera administrada por los religiosos de la orden, y no de otra suerte. De modo que no existía nada.



En esos mismos días supe que en la Santa visita del señor Yorente a esta ciudad de Heredia, registraron el archivo de este curato para ver si había tercera orden del Carmen, u algunas otras (fl. 4) fundadas Canónicamente; y no habiéndolas encontrado, se declaró solemnemente, que no existía nada de cierto, sino únicamente de costumbre, y que se subsanaría esto recurriendo a la Santa Sede Apostólica. En este estado de incertidumbre, ví yo a mi señora madre, con su hábito y cuerda, llena de fe y con deseo de que yo mismo fuera a Roma.

La mayor parte de los Carmelos y Franciscanos, se dividieron y cada uno asistía a donde quería, sin guardar ninguna regla; otros se quitaron el habito, otros más devotos se llenaban de esperanzas mirándome a la cara, y suplicándome vivamente, hiciera el ánimo de subsanar sus conciencias yendo a Roma. Comencé con la tercera orden de San Francisco, saqué los datos del archivo, crié un expediente, lo presenté ante la Curia, alegué cuanto pude; y logré por último que el señor Obispo declarase que permanecería la tercer orden en Barba, en el mismo estado en que estaba en el año de mil ochocientos diez y ocho.

Ya que vi todo lo que había hecho para conseguir esta declaratoria (fl. 5), y que las opiniones en contrario seguirían, las que no carecían de fundamento, entonces le ofrecí al Santo Patriarca San Francisco, ir en persona a conseguir su tercera orden a Roma.

La iglesia de Nuestra Señora del Carmen de esta ciudad se había caído, y se estaba dificultando su reedificación. Mi amigo, don Juan Bta Gutiérrez, toda su familia, Don José María Zamora, Don José Segreda y otros amigos, me dijeron que tenían esperanzas de mí, y que mientras ellos invertían los pequeños recursos en los cimientos materiales de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, yo debía ir a Roma a traer los cimientos formales de las terceras ordenes del Carmen, San Francisco, San Agustín y todas las demás que pudiera. Les ofrecí ir sin atender a otra cosa que el bien de la Iglesia.



El señor mayordomo general de fondos píos de esta ciudad, Presbítero Don Benito Sáenz, me dijo que estaba en disposición de empeñar o vender su casa, única prenda que tenía, por salvar las conciencias de todos los pobres hermanos terceros, que cargaban los abitos, escapularios y cuerdas, y que (fl. 6) tal vez no ganarían las gracias concedidas a tales abitos, y que pensaba lebanantar una suscripción voluntaria entre los vecinos, para proporcionarme recursos si yo le ofrecía ir. En fin le dije que si aportaba dos mil pesos, yo supliría lo demás que faltase: que (que) llevaría cuenta exacta de todos los gastos y que me reconociera a mi un peso por cada día de los gastados en mi viaje, por si venía enfermo curarme, y si por casualidad venía alentado nada me daría, pero que con el gasto de haber hecho un bien, quedaría pagado para siempre. Me dijo que ocurriera al señor Obispo y al Supremo Gobierno para conseguir todos los testados necesarios para salir de Costarica: pero que el tiempo era malo en razón de la guerra de Italia; que le pidiéramos a Díos para que lo facultase todo: dije, este Eclesiástico para mi, es el que le ha hecho los mayores bienes a la Iglesia de Heredia, que todos los mayordomos que le han precedido. Acaba de encargar un órgano para esta Iglesia a Don Braulio Morales, y tiene que pensar en el pago de dos mil y tantos pesos, y (fl. 7) sin embargo me da esperanzas de conseguir dos mil pesos más para este viaje! Ha y cuanto vale un pensamiento grande en medio de tantas dificultades! En fin le dije seguiremos,

CASUALIDADES

Ya se había hecho público mi viaje a Italia comenzaron todos a opinar y a conjeturas nada favorables para mi. En fin yo me fui a la villa de Barba a ver si encontraba opinión acerca de la tercera orden de San Francisco, para que quedase fundada en aquella iglesia, en vista de que ya estaba hecha la declaratoria por el Prelado Diocesano, para mientras se recurría a Roma; pero no encontré casi con quien entenderme, ni menos probabilidades de conseguir recursos y a más un cierto rumorcito de desconfianza que algo me molestaba el amor propio. Por fin me dirigí a la iglesia de aquella villa, le recé algunas oraciones a San Roque y le ofrecí a mi vuelta decirle una misa en su altar, lo que cumplí como había dicho.



Volví a Heredia algo zosobrado, y otro día me fui para Cartago (fl. 8) a buscar algún eclesiástico que me aconsejase algo acerca del viaje: quería proponer al clero de aquella ciudad, que si solicitaba para la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles la bula declaratoria en Basílica dedicada a la Señora, y otras gracias apostólicas si fuese posible en concepto de ser patrona general de la República; pero hubo la contingencia que en el río de Taras, encontré un eclesiástico amigo mío, que estaba al cavo de todo el negocio, y me dijo, que acababa de oír una conversación en la ciudad en casa de otro eclesiástico, que dijeron estas palabras: *“Gonzales piensa ir a pasear a costilla ajena, peor nosotros no contribuiremos en nada, porque todo es perdido: no encontramos en el sujeto, ciencia, idiomas, ni menos recurzos para semejante pensamiento.”* Heme aquí como iría yo de allí para adelante, pensativo y confuso. Seguí a la casa del señor Dean: dejé mi bestia allí, y me dirigí a la Iglesia de los Ángeles. Hize una pequeña súplica a la Señora, y concebí la idea de la Basílica, indulgencia de siete días, privilegio de altar, y misa votiva a los Sábados, y casi desde ese momento me creí (fl. 9) consolado. Volví a la posada y me vine a dormir a los Tres Ríos. Toda aquella noche estube pensando de que manera acordaba mis ideas, y como sería la mejor manera de verificarlo todo. Yegué a San José, hablé con el señor Obispo acerca de mi biaje y lo que pensaba hacer. Se alegró, y me ofreció las testimoniales para Italia. También me dijo que me recomendaría la visita *ad limina apostolorum*, y otros encargos más para Roma. Acepté en el momento: confié en su palabra, y le di las gracias ofreciéndole hacer cuanto pudiera a favor de nuestra iglesia, y le dije, ya por esta parte no hay mas edad, gracias a Dios, falta otra.

Me dirigí adonde un amigo para que me ayudara a hacer un borrador, y que este sirviera para que la Municipalidad de Heredia lo discutiese y aprobara, para que este acuerdo fuese como una comisión Municipal, y me sirviese de base y apoyo para lo demás que me faltaba.

Luego pasé ante el Ministro de Hacienda a ver si había algún inconveniente para verificar mi viaje. Tube que ir a su propia casa, para hablar largamente (fl. 10) con él por que me habían asegurado que se oponía a que yo fuese a Italia. Al efecto me



dijo: estoy informado que Ud tiene diez y seis mil pesos, para hacer otra como lo que hizo el Obispo Viteri, que fue a Roma y vino de Obispo, cargado de títulos, cruces, y trapos: si Ud quiere ponga ese dinero a interés y déjese de tonteras. En Cartago usan mucho esos trapos y cuerdas, y no hacen más que ridiculizar la religión. Ud no tiene cara de ser tan tonto: deje Ud esa idea de votar plata en Italia: nosotros somos libres e independientes, y mientras que yo tenga que ver con la política, Ud no saldrá; y si lo hisiese no entrará en la República, porque según me dijo un eclesiástico, Ud va a tocar el concordato y quien sabe que otras cosas mas; y así Padre Gonzales piense Ud de otra manera. Algo le repliqué con toda moderación y me retiré desconsolado.

Fui a mi posada: repasé el borrador que me había hecho el amigo: me vine a Heredia lleno de amargura: fui donde el señor Presbítero Sáenz; y le manifesté que era concluido el proyecto; entonces a este señor se le llenaron los ojos de agua, al ver que ya (fl. 11) nada se podía hacer. No perdamos la esperansa me dijo: que iba a hablarle al señor Ministro de Relaciones exteriores, a don Francisco Yglesias y a don Fabian Volio, para interesarles en el negocio; pero que sobre todo tuviéramos fé.

Yo corrí la noticia que ya no iba a Roma y para distraerme, compuse unos medios versos, manifestando en ellos: que ni yo iba a Roma, ni don Juan Bta Gutiérrez a Puntarenas, ni don Espíritu Santo Solera a las guacas, ni mi tío a Santa Clara; porque todos teníamos proyectados nuestros viajes.

Lástima decía yo, ahora que el venerable cabildo Eclesiástico está casi disuelto, era la ocasión de que yo fuera a Roma. Dios no quiere que esto se verifique, así convendrá!

A los dos días de esto por la mañana hubo una noticia fúnebre de que el señor Ministro de Hacienda (don Vicente Aguilar) había muerto. Me fui inmediatamente a San José para asistir al entierro, y tube el honor de cantar la primera lección paracebils Dommine. El señor Dean cantó la otra y el señor Obispo la última. La



solemnidad fue de lo más lucida, el espectáculo más grande que se ha visto entre (fl. 11) nosotros. Pasado este día le supliqué al secretario de la Curia Licdo. Vicente Herrera, mi buen amigo, me extendiera las letras dimisionarias y el diploma de la visita. Todo se hizo inmediatamente sin causarme ningún derecho. Pasé al Palacio Nacional, y me dijeron que a la hora que quisiésemos el pasaporte estaba pronto. Como a los ocho días después, lo mandó extender gratis el señor Ministro Yglesias. Me vine a Heredia, presenté mi borrador Municipal al señor Gobernador de la Provincia y me dijo: que si serán locuras o algún interés particular todo este asunto. Le contesté que no, que era un bien que pensaba hacer. Entonces me dijo que consultaría el negocio y que era necesario quitarle algunos conceptos al tal papel. Yo en ese momento volví a ver a su señora esposa Doña María Josefa Salinas, la que sin duda alguna se interesó para que me despacharan bien, como al efecto se hizo. Siempre agradeceré este favor. Volví otro día, y uno de los señores que había pasado vista por el papel, me dijo: Padre Ud no sabe a donde va, ni que va a ser; y yo le contesté, que por lo (fl. 12) mismo que pensaba ir y veré si puedo hacer algo. En fin se me entregó el tal acuerdo sellado y cerrado.

Los pliegos de la Curia, el pasaporte y una nota para Su Santidad dirigida por el señor Obispo y otra por el señor Dean en la cual consolaba a su Santidad. Ahora pensaré en los recursos para el viaje. Fui adonde el Padre don Benito Sáenz, y me dijo que faltaban quinientos pesos para los dos mil. Entonces le dije que cierta persona me había dicho que estaba por prestar una cantidad sin interés alguno para este fin, por que tenía un motivo porqué hacerlo. Le hablé a este tal, y suplió los quinientos pesos que faltaban para la suma calculada. Yo tenía sobre unos tres mil pesos, y ya montaba la suma a cinco mil. Fui adonde don Mariano Montealegre con el fin de sacar letras, y encontré allí a don Francisco María Solera que resolvió en el momento sacar otras letras de dos mil pesos para pagar misas en Italia de cuenta del señor Presbítero don Cecilio Umaña. El caso es que perdimos un doce por ciento en toda la cantidad. Volví a Heredia ya despachado y con (fl. 13) una noticia muy desfavorable y es la siguiente: que más señores decían en San José que yo iba a reclamar los sueldos que tenía en la Caja Nacional, que iba a traer el concordato para que se volvieran a pagar los diezmos; que iba a quitarle la mitra al



señor Obispo Yorente o al menos a solicitar una sotana morada y otras muchas cosas mas. Yegué a Heredia dando las quejas, y resultaron que cuatro o seis sujetos de aquí opinaban lo mismo y casi peor. En fin dejo esto pendiente para no acordarme jamás.

Le hablé a don Rafaelito Moya para que me prestara un baúl de camino y no solo me lo prestó, sino que me acomodó todas mis cosas junto con el Dr. Pupo. Me dieron muy buenos consejos para el camino. Don Ramón Solera me franqueó dos bestias y salí algo triste para mi viaje sin despedirme de nadie junto con Matías Sáenz, que fue mi compañía hasta el puerto. Este joven es uno de mi casa estaba algo afligido por que había visto mi testamento, en el cual aparecía una deuda en mi contra; pues casi por esto hize (fl. 14) el tal testamento para que quedara asegurada con mis sueldos vencidos que como Canónigo se me debían; y sin duda creyó que yo no llevaba más dinero que los dos mil pesos de la comisión.

En el camino lo encontraba yo con alguna cosa entre pecho y espalda como regularmente decimos y juzgué lo que sería, y le dije: no crea Ud que solo los dos mil pesos que me han dado son los que llevo; va de mi cuenta una letra de tanta cantidad, que con ella y el dinero que llevo aquí hace la suma de tres mil pesos míos, fuera de los dos mil de la comisión: otros dos mil de cuenta del Padre Umaña. Entonces se alegró y se le quitó el trabajo que tenía y comenzamos alegremente a platicar. En estas alegrías estábamos en el Monte del Palmar, cuando me encontré en el suelo, por un pequeño espanto de la mula que nos causó bastante sorpresa; por fin llegamos a la casa de los señores Lizano en Puntarenas, en donde me hospedé con toda comodidad sin que me costara nada mi permanencia allí, hasta que me embarque conduciéndome don Carlos Moya y don Saturnino (fl. 15) Lizano en el bote de la Capitanía.

PUNTARENAS

Mañana se irá Matías con las bestias y pasado mañana saldré de aquí. En fin ya voy a salir de Costarica y llevo la pena de la deuda de treinta y seis onzas que tardé



haber pagado, en fin para eso quedó bien asegurada la cantidad. El Gobierno me debe mil y tantos pesos. Hay de mis libros, cáliz y otras cosas para que vean que hacen. Nada puedo dejar porque el que tiene poco no puede dar casi nada. Voy bien recomendado.

Ayer recibí una carta de mi tío el Padre Zarret en la que se despide de mi y me dice en ella que nos veríamos en el valle de Josafat, y por último me dice: *forte animo esto - a gabelo*. El señor Obispo ofreció ir conmigo a Cartago y decir una misa a mi vuelta a Nuestra Señora de los Ángeles. El Padre don Pedro Sandobal me dio seis onzas para que se ayudase al viaje y le consiguiera su habilitación para obtener (fl. 16) beneficios, hay le traeré algunas cosas más; pues ha quedado encargado de encomendarme a Dios. El Padre Sáenz y otras personas están haciendo lo mismo. El Dr. Pupo me recomienda al señor don Alicia en Colón y le remite una encomienda de dinero. Cuando le entregue la tal encomienda, nos banquetearémos. Una señora de San José manda a sus hijos que tiene educándose en Londres, una encomienda de libros y una vez entregada esta será otro banquete. El señor cura de Esparza, don Jacinto Lamessi, me recomendó ayer por una carta a uno su tío en Roma, médico, gran personaje según me dice; y para afianzarme más me dijo le llevara una onza de oro de cuenta de él y me aplicaría misas. Me alegré mucho de esto y a más hizo otra carta para dos hermanas de dicho señor, para que en Roma me sirviesen y me proporcionen asiento de placer. Hasta me reí de gusto. Una señora italiana residente en este Puerto, me favoreció con una carta muy honrosa en que me recomienda al Abate de San Martín en Génova. Otra señora le escribe a don Manuel (fl. 17) Ansaldo (a) Piloto que había vivido largo tiempo en este puerto para que me sirviera mucho en Génova, puesto que éramos conocidos desde que fui Cura de esta comarca. Todas estas cosas me envalentonaron y resolví medirme una levita que es la primera que he tenido en mi vida, la que me quedó muy buena, y quise antes que antes de que se viniese Matías, me enseñase a hacer el nudito a la corbata; y le dije solo siento que este nudo cuando se suelte no hay quien me lo vuelva a hacer, porque yo tengo muy poca práctica en esto; le entregué el balandrán y me despedí de él. Dejé mi camienta sin cuello y una sotanita vieja que heché en el fondo del casul por si se ofrecía. Luego dije: hace



más de veinte días que no me hago la corona, el pelo está grande, ahora si que ya parezco un contramaestre de buque, ahora pues voy a usar de la camienta del oficio divino y este lo haré cuando pueda.

EMBARQUE

El día dos de junio de mil ochocientos (fl. 18) sesenta y uno, salí de este puerto con dirección a Panamá. La navegación fue sumamente buena, nada hubo de particular. El día cinco por la mañana fondeó el *Guatemala*¹ en el puerto de Panamá. Dijeron que dentro de tres horas vendría el vaporcito a llevar los pasajeros a la estación. Yo que estaba mirando de lejos la ciudad con tantas torres y hermosas murallas, no quise aguardarme, busqué una lancha que me llevase pronto a tierra con mi equipage, lo que conseguí gastando como cuatro pesos para lograr pronto ver las particularidades de la ciudad, llegué al Haspinval (*hotel*), me dieron una pieza en el último piso, porque las otras mejores eran para los pasajeros que llegarían después en el vaporcito.

Por fin dije entre sí: me ha salido cara esta curiosidad, por que esta ciudad por lo que veo es muy bonita de lejos, y sumamente fea cuando uno entra en ella. Nada hubo que ver bonito, solo edificios viejos, ruinas y muchos negros volos, negras con cadenas de oro luciéndolas en su negra garganta. Ví como cien hombres haciendo el ejercicio (sic), porque me (fl. 19) dijeron que iba a estallar una revolución. No encontré al señor Vasques Obispo de aquella iglesia que deseaba hablar con él y solo hablé con su previsor, y me dijo: Que el Padre don Antonio Zamora de Costarica lo tenía en un buen curato, le dí las gracias y se lo recomendé de cuanto pude. El día ocho aburrido de Panamá en dos días, fui a la estación del ferrocarril, saqué la etiqueta y me fui a Colón. Yegamos al oscurecer. Resolví tomar un hotelito de muy bonita fachada en la calle principal frente a la casa de la estación, cuyo hotelero era un negro, y un tal muchacho Josefiel, que en español me parece sería José Félix. Encontré allí a unos Italianos, con una risa muy grande cada vez que me alzaban a ver, hasta que uno de ellos me dijo: señor no podemos

¹ Se refiere al vapor *Guatemala* de la Panama Railroad Company que hacía servicio a Centroamérica.



prescindir de estar mirando su cara, por que acabamos de llegar este puerto desterrados de nuestra tierra (Roma) por un maldito que se llama Antonelli, Secretario de Estado de Pío IX, y Ud se parece mucho a él, y mi (fl. 20) compañero dice que si será el diablo Antonelli que donde quiera anda con nosotros. Nos reímos algo de la casualidad, y yo me fui con la encomienda del Dr. Pupo a banquetearme con don Alicia. Le encontré en su tienda, la entregué la carta y el dinero de Pupo, y me quedé aguardando el banquete y a poco rato me dijo que si quería guardar dinero me franquearía su caja. Le dije que no, y dentro de mi, dije: ya me voy acostumbrando a cargar el silicio, mañana sin duda me voy, y quien quita que se pierda la llave y yo me quede en tierra en este puerto que solo el nombre tiene de hermoso. Adiós señor don Alicia: sí, sí yo le escribiré a Pupo en la mejor ocasión. Me volví a mi tal hotelito, encontré una gran bulla en él. El tal Josefiel estaba amarrado a un horcón de la cosina, y una negrassa dándole chicotazos. El tal negro del hotel llegó a la bulla. Soltó a Josefiel y cojió a la tal negra, la amarró al mismo horcón, le alzó el tunico (sic) delante de todos los que estábamos con él, y le dio en las propias nalgas como veinticinco chicotazos. Luego la soltó y se fue quien sabe para (fl. 21) donde. La negra una vez en libertad, cojió a su chiquita de cómo seis años a castigarla, entonces bajé yo a suplicarla que no lo hiciésemos y logré que no la castigara. Eran las nueve de la noche y aquella casa era un hormiguero de negros y negras volos todos. Esa noche no cenamos, ni dormimos especialmente llo que velaba mi triste cofre. Otro día por la mañana nos dieron un malísimo almuerzo, y pagué dos pesos por la mala noche, y ya se aproxima la hora de partir para Europa.

COLÓN

Yo había sacado en Panamá la etiqueta para navegar en la Compañía de la Mala real de Inglaterra para ida y vuelta.



A las diez de la mañana del día nueve de junio, llegó el tren con los demás pasajeros, y todos nos embarcamos como a las tres de la tarde en el vapor *Solent*². El catorce del mismo llegamos a San Thomas, la navegación regular, buena mesa (fl. 22) y muy alegres los pasajeros. El Licdo. Don Manuel Arguello, el joven don Roberto Sacaza de Nicaragua, iban algo mareados y muy tristes; por que según recontaron se alejaban de sus novias y se tardaba la esperanza de casarse pronto. Permanecimos ese día en el puerto. Supe que el general Santa Ana estaba de banquete en su cumpleaños: vi desde lejos en su casa flamear la bandera mejicana. No quise salir a tierra por que me aseguraron que había muchas enfermedades. Parece bonita la población de lejos. Todos los que llegan a nuestro costado en sus botes, manifiestan una suma pobreza. Una señora que vino con nosotros hasta aquí, traía una niña de Cartagena, y una y otra no hablaron más que del general Santa Ana. Les pregunté por la señora Bobadilla de Cajas y me dijeron que la conocían y que era su amiga: que estaba viva y sumamente pobre. Recordé en ese instante que yo había vivido en su casa tres años y medio; que ella y su finado esposo me hicieron algún favor; que aunque no les debía nada en conciencia, la gratitud siempre tiene lugar. Le dí veinte pesos fuertes a tal Serra que se llama Manuela para que los emplease en algunas cositas de San Thomas (fl. 23) y se los llevase a la tal Mercedes Bobadilla. Me hizo la Manuela un recibo y lo acompañé con una carta y la dirigí a Cartagena y tuve la dicha de que a mi vuelta recibiese en Colón la contestación y recibo de la encomienda manifestándome su gratitud.

Otro día nos trasladamos del vapor *Solent* al otro vapor más grande llamado *La Plata*³. Habían llegado ya los vapores con los pasajeros de Venezuela, Jamaica, Curazao, Santo Domingo, Puerto Rico, Cuba, Veracruz y otras muchas partes; de modo que se puso el vapor *La Plata* como una colmena de toda clase de abejas; y de lejos se veía como un altar vestido de toda clase de colores. Me tocó una gavina (sic) bastante cómoda y por dicha solo un señor francés llamado don Martín Fabre, íbamos en ella, cuyo señor era comerciante de Cartagena muy respetable y de pocas palabras, lleva dos grandes cofres con treinta mil pesos en distintos metales

² Vapor de la Compañía Mala Real británica que realizaba servicio con las islas del Caribe.

³ Vapor de la Compañía Mala Real británica que hacía servicio transatlántico.



según me dijo. Hablaba algo en español; y como no era muy común este idioma en el vapor, nos íbamos reuniendo los que lo hablábamos en (fl. 24) corillos todos los días. Iba una señora de Guayaquil de más de cuarenta años; ella misma se daba el trato de señorita, mujer de un cónsul inglés. Por este título y por que decía que era muy rica y bastante hermosa y que en prueba de ello que se había casado dos veces: tenía los hijos de uno y otro matrimonio educándose en Londres; que cada dos años tenía que venir a verlos; que su marido cada dos años le separaba de veinte a treinta mil pesos para viajar. En fin a esta señora, la adornaba diariamente una su criada, todos los días era adorno y vestido distinto desde que la ví, y apenas la componía la criada todos los días, cuando buscaba nuestro corillo para que le diéramos corte por que no sabía otro idioma que el nuestro. Yo que estaba aburrido con estas cosas, le dije a todos los compañeros que también estaban fastidiados, que cada uno de nosotros debía desempeñar una comisión con respecto a dicha señora: que yo era el primero que desempeñaría la primera vez. Y todos dijeron que si. En efecto la primera ocasión que se nos presentó exigiéndonos que votásemos los puros por el gran asco que tenía, y que la divirtiéramos con algunas historias, tomé yo la palabra (fl. 25) con toda prosopopeya y le dije, dando un suspiro: *mi señorita que historias puedo referirle en medio de los peligros de esta navegación tan dilatada. Observe los riesgos que pueden haber con la máquina de vapor...*

Se levantó dando otro suspiro más grande, diciéndome: caballero, con todas estas palabras no se divierte una señorita, queden Uds con Dios. Volvimos a prender nuestro puros, y después de algunas risas, quedó encargado para la segunda entrevista Mr. Fabre mi compañero de gavina (sic). A los dos días de esto, volvió a presentarse igual lance. Volví yo a ver a Mr. Fabre, y este lleno de gravedad sacó una pluma con que se limpiaba a menudo los dientes, y después del saludo de la señora que fue contestado por todos, con toda porfía tomó la pluma en los dientes y le dice: Señora estoy pensando en el infierno y le contestó que es lo que Ud piensa en él. Piensa ir allá. Entonces le dijo, no: es que me parece que será muy caliente, y se quedó mirándola en la cara con una seriedad admirable.



Todos soltamos la risa: la señora nos hecho una reprimenda que se volvió más risa, y llegaron todos hasta (fl. 26) los ingleses a celebrar el lance, haciéndose al propio tnp (tiempo) notorio el chiste. Las demás señoras que iban a bordo celebraron con bastante júbilo el desenlace de esta cómica escena.

Éramos cuatrocientos cincuenta pasajeros contando mujeres y niños que nos divertíamos por las tardes. Un caballero de Puerto Rico se me aproximaba mucho a cada rato, hasta que por fin me preguntó quien era, para donde iba y que estado tenía. Le contesté, satisfactoriamente. Se alegró mucho, me presentó a su esposa, me dijo que iba a Madrid, que (*¿volvería?*) pronto, que tenía en la Corte de S. M. grandes amigos, y que era empleado de Su Majestad en La Habana. Luego le había ganado su cariño, y que su esposa quería que me fuera con ellos, y le contesté agradecido, y le dije: que no podía faltar a mi palabra con mi Iglesia y amigos de Costarica. Me rechazaba todo cuanto le decía en contra, pues su fin era conseguirme una (*¿canonjía?*) con la Reina para Puerto Rico o la Habana, y que ganaría tres mil pesos al año. Nada acepté, y antes de llegar al canal de la mancha, me mandó llamar con los criados. Fui a su gavina, su señora me hizo muchos regalos, el me regaló con (fl. 27) cincuenta pesos y me dijo le encomendara a Dios: de nuevo me ofreció mil comodidades y me dio la dirección de su casa en Madrid por si a mi vuelta quería aceptar. Dios lo haga feliz y siento haber perdido el billete de su nombre.

El día veinte y siete por la tarde comenzamos a ver nubes sobre las costas de Inglaterra. A las nueve de la noche vimos el primer faro, a las diez media llegó el bote No. 1, con el práctico. Yo estaba acostado y le preguntaron que cosas nuevas habían, y dijo que había muerto el Sultán de Constantinopla, y otros entendieron mal el inglés comprendiendo que era Pío IX. En el momento me lo contaron y comencé a pensar esa noche como haría todas mis cosas. Seguimos navegando, y otro día por la mañana comenzamos a entrar en medio de un gran estero adornado de casas de uno y otro lado, hermosísimos árboles se veían, fortificaciones militares, bosques artificiales y lo más bonito y alegre que he visto hasta ahora. Como a las nueve de la mañana fondeó el vapor en el río. Como una hora después



llegó el vaporcito a sacar los primeros (fl. 28) pasajeros. Yo fui uno de ellos. Yegamos al puerto de Sauthamton, nos reportaron y permanecimos en la aduana hasta que llegaran nuestros equipages, habiendo gastado catorce días de San Thomas a aquí.

Sauthamton

Paqué los derechos de mi triste equipage y la conducción de él a la estación, y luego me fui al hotel Cabrera. Comí, paseé por las mejores calles de la ciudad. Anduve una gran plaza en que habían muchos (¿chivos?) y árboles muy bien arreglados. Luego me fui a la casa de la estación, pagué la etiqueta para el tren que se iba por la tarde, hasta que salió el tren; Hay (sic) que distinto al de Panamá. (!)

Londres

Estaba contento por que había escapado con trabajos mis puros chircagres y había salido de la gran bulla del vapor. Tomé mi asiento, partió el tren con mucha velocidad. Había una gran neblina que ya no sabía si era de día o de noche. Por fin llegamos a la casa de la estación de Londres. Toda estaba (fl. 29) iluminada. Había venido en aquel tren el señor José Cabrera socio del hotel de Sauthamton y dueño de otro que tenía en Londres, No 16 Bloomsbury Square⁴. Me fui en derecha a su casa y me llevaron por un puente nuevo del Támesis para que pagara allí cierta pensión como extranjero. El tal Cabrera se fue por otro camino derecho para su casa. Yegué bien tarde y con bastante sueño. Le pedí prontamente mi cama. Me acosté Al rato me recordé con la luz del sol, y habiéndome levantado me dijo Cabrera vuélvase a dormir por que es todavía muy de madrugada. No le quise obedecer, por que la bulla de los coches era muy alegre. Tomé el sombrero, salí a la puerta y me resolví ir a dar una vuelta con mucho cuidado no me fuera a perder. Apenas había caminado como cincuenta varas cuando comencé a observar que los policías aconsejaban y hablaban en su idioma acerca de mi, hasta que uno de ellos me tomo de brazete y me fue encaminando por la misma vía, hasta que me llevaron

⁴ Bloomsbury Square se encuentra una cuadra al este del Museo Británico.



a la misma puerta del casa (fl. 30) de Cabrera. Sin duda creyeron que andaba perdido. Admiré que tan pronto hubieran sabido donde era mi posada. Entré a mi cuarto riéndome. Abrí mi baúl, saqué la encomienda de libros y las letras de cambio, tomé café y le hablé a un cochero para que me condujese a la casa. Me dijeron allí que habían como dos leguas. Al efecto fui y allí me dieron otra dirección bastante lejos. En fin entregué los tales libros a una señora, y me dijo que los niños dueños de ellos, estaban en otra parte más lejos, y que vendrían a casa hasta el Domingo próximo. Me fui a mi hotel como a las dos de la tarde sin almorzar, gastando ya como cinco pesos y nadie me dijo amen. Este es otro chasco para los que solicitan conducir encomiendas. De cuando en cuando maldecía queditito y me acordaba de lo que Rafaelito Moya me había dicho: que las encomiendas salían por las costillas. Toda esa tarde y la noche me pasé pensando lo que iba a hacer a otro día, y me salió tal como yo pensaba. Tomé la dirección de mis letras por la mañana para la oficina del Capitán W.L. Lacheur No 31 (*Bolfields*) (fl. 31) Lane, City. Yegué antes de que abrieran la oficina, hasta que llegó su dependiente de la casa. El tal sujeto no sabía nada de español. Permanecí allí señalándole a todos mis letras, me hacían mucho cariño pero nada de entendernos. Al rato llegó don Juan (hijo) Le Lacheur, y en seguida (el y) su padre me saludaron muy corteses, tomó las tales letras y me dijo: aquí esta en este momento don Braulio Morales. Me levanté del asiento, y dije: a donde? Nos asomamos a la puerta: hablaron a unos caballeros que iban como a cincuenta varas de lejos. Uno de ellos era don Braulio. Se vuelve, me ve a la cara, nos abrazamos y tanto era el júbilo que parecía pleito. Se repetían los abrazo. Saqué sus cartas de doña Esmeralda, su esposa, y me dijo no quiero cartas por que no las (*puedo aún*) leer ¿Están todos buenos? Y le contesté: que sí, y me dijo: valla Padre Ramón que es un hombre de gran empresa. Vamos otro abrazo. Esmeralda esta buena y con eso lo tengo todo ...

El capitán W. Le Lacheur, su (fl. 32) hijo y todos los dependientes, a pesar de que no sabían bien nuestro idioma se reían y se alegraban con nosotros, y uno de ellos, alto moreno decía muchas veces estas palabras: *mucho bueno, mucho bueno, buenes caballeres*. Le dije a don Braulio: en cuanto acabe de hacer mis cosas en



esta casa, me voy para su hotel para que permanezcamos juntos algunos días, y tal vez para siempre por que estoy entendido que Ud y yo hemos de andar juntos toda la vida. Sí, sí Padre Ramón cuidado como que falte. Vamos a comer juntos hoy en el hotel de las Madamas Pitman 58 Queen Anne Street. Sí, sí, cuente Ud conmigo le dije. Haga Ud sus diligencias mientras yo me desocupo de las mías.

Le pedí al Capitán otra letra de igual cantidad para Roma, y que de esta suma me dejase cincuenta libras en su poder, por si acaso venía desnudo de Italia, por que habían malas noticias. Me dijo que sí, y le dio orden a su hijo para que me dijera que si quería llevar toda la cantidad: que para mi vuelta el me daría en libras esterlinas hasta la cantidad de (fl. 33) de diez mil pesos para que llevara a mi casa algunas cositas; y que don Juan (hijo) quedaba obligado a hacerme todas mis cosas en persona, no solo las letras, sino hasta pasear por ocho días en Londres de cuenta de la casa. Jamás olvidaré esta acción tan generosa de quien menos pensaba. Entonces le dije: esta tarde quiero las letras, tome Ud mi pasaporte, hagame Ud todo lo necesario para salir mañana para Francia. Me cumplió todo. Tomé un coche para donde mi amigo Braulio.

En el camino me acordé que dicho hotel era muy lujoso, y que hacía como tres días que no me rasuraba y que además mi ropa era muy mala, y que andaba con un tal sombrero amarillo que hacía como dos años que me acompaña y no le quería ser inconsecuente. Sin embargo continué, me compuse el tal nudito de la corbata que ya iba aprendiendo hacer. Me abotoné la levita desde arriba como los militares. Me restregué la cara con el pañuelo: me pasé la mano por la cabeza para arreglarme el pelo y entré a la pieza de don Braulio. He aquí un conflicto para (fl. 34) don Braulio. Ya tocan la campanilla en el hotel para la comida. Yo parecía un patrón de Congo, él se apretaba las manos, me quería dar un fraque de los de él, un sombrero, etc. Yo no quería aceptar nada por que me parecía que estaba muy elegante. Al final resolvió pedir la comida para los dos en la pieza. Entonces dijo el criado que la señora decía que bien podía bajar con su compañero sin reparar en sus indecencias.



Bajamos al fin, comimos y después del café me tomó de brazete para enseñarme el parque de Santiago (St. James) o la gran plaza del parlamento en donde está un bosquecito artificial con un puente de fierro en una laguna donde habían muchos botes navegando y muchas gentes divirtiéndose. Vimos un palacio nuevo de la Reina, nos asomamos al gran patio del parlamento y me vino trayendo por la hermosa calle de Regent hasta el establecimiento Rodríguez de Losada. Allí nos separamos y cada uno se fue a su hotel; y como a la hora y media de esto, llegó don Braulio con un hermoso coche y me dijo: vamos amigo para el Jardín de Cremorne Gardens⁵ u donde Ud quiera (fl. 35).

Yegamos al tal jardín como a las ocho: pagó la entrada: me tomó del brazo y andando en el jardín me dijo: que en aquella casita o gruta que se veía allí, estaba una pitoniza que adivinaba todo lo que se le preguntase y que a él le había adivinado completamente. Le dije: busquémonos un interprete y que me adivine a mi. Lo hicimos y me pidió la mano, le puse la izquierda en la mano de ella: solo pagó el impuesto doble y comenzó a adivinar, y el intérprete a explicar. De todo lo que se le preguntó y dijo el intérprete no adivinó nada, y por último no supo por siquiera que estado tenía yo. Luego fuimos a la orquesta, a una gran comedia o baile en que saltaban como cincuenta muchachas y me gustó que el diablo y la muerte que aparecieron allí, hacían un bonito contraste. Pasamos a otra comedia o sainete muy bonito: luego pasamos a un juego de equitadores y vimos correr el mejor caballo del mundo. Pasamos a un juego de monos y perros: fuimos a los juegos artificiales de pólvora: en seguida fuimos a ver el mejor (*volatín*) del universo. (fl. 36) Admiramos su extraordinaria agilidad : después pasamos a otra representación en la cual parecía que las llamas devoraban a un hombre, etc. Para todo había que pagar en todas las puertas, pero la franqueza de don Braulio era inagotable y nada me dejaba pagar a mi. Todavía faltaban quien sabe que cosas más, y yo le dije: ya van a ser las dos de la mañana, vamos a dormir. Si, me dijo, con tal que mañana esté en mi hotel para que vayamos al palacio de cristal, a la exhibición, etc. Sí le conteste: esté Ud cierto que le cumplo y nos despedimos. Me fui a mi hotel, dormí un ratito, me levanté, le pedí mi cuenta al hotelero, y me tomé

⁵ Sitio de entretenimiento en Chelsea, contiguo al río Támesis, al oeste del puente de Battersea.



la dirección para la estación del ferrocarril de Francia. Dejé rogado a la criadita del hotel y a los demás pasajeros le dijese a don Braulio cuando viniese que ya me había ido para Francia, y que se conservase alentado.

Saqué la etiqueta para mi camino, y por desgracia cojí el más lejos. Como a las ocho de la mañana estábamos en la desembocadura de un río que sin duda es el Támesis (fl. 36). Tomé el vapor en el canal de la mancha: estaba sumamente bravo. Era cosa triste ver todas las mujeres votadas sobre cubierta y algunos pasajeros sumamente enfermos. Yo auxilié a algunas mujeres en sus trabajos; y como a las seis de la tarde llegamos a Diepe. Me gustó a la entrada la vista de un Santo Cristo, una Dolorosa, San Juan y la Magdalena que formaban un Calvario, todo de bronce y según se asegura estas imágenes fueron colocadas por San Luís Rey de Francia. Logré en aquel puerto con mil trabajos y súplicas pasar mis puros chircagres. Tomamos el ferrocarril (*rumbo*) al sur este. Allá como a las nueve de la noche pasamos un túnel el primero que había visto. Apenas se concluyó cuando entramos a una estación y un gran hotel. Se apearon todos a cenar y yo hice lo mismo. Por señas fui pagando y comiendo lo que me parecía mejor, cuando la hotelera ya no quería recibir mis monedas. Me apretó una mano, cerrándola para que me llevase mis monedas y me retirase de allí. Yo me sorprendí y me supuse que no le había pagado lo suficiente, y entonces saqué una moneda de oro para darle por que me parecía que esto era lo que ella quería, todo por señas y algunas perigozas que hacía yo. De repente se brinca el mostrador, me toma del brazete y se dirige al tren. Entonces ví que ya no había ninguno de mis compañeros, y acordé lo que podría ser. Al efecto, habló la Francesa, le atendieron. Preguntó por el no. del coche en que yo iba, abrieron la puerta y me empujó adentro: cerró el guarda y hizo viaje el tren. He aquí, dije: a Nuestra Señora del Carmen. Qué estaría yo pensando. Me alegro para que no sea tan tonto. En lo sucesivo llevaré cuidado. Como a la una de la mañana poco más o menos, llegué al hotel de Vilvao, en el Boulevard Montmatre No.10. Amanecí hoy Domingo treinta de Junio en ...

PARIS



Me acosté inmediatamente porque estaba muy rendido y recordé por la mañana, dí gracias a Dios, y (fl. 37) me acordé de la ingratitud que había hecho con don Braulio y dije: es mi amigo y me dispensará la falta: el bien sabía que yo pensaba hacer este viaje, con la velocidad de rayo, y como un bodoque que corre en una cerbatana. En fin todo está bueno, solo una cosa está mala y es: que voy haciendo muchas tonteras, y sobre todo no haberme fijado nada en los idiomas; siquiera en el yes, yerkin (your kind?) y para el francés el mercí y oui, para el italiano el capisco o no capisco, y otras cosas que se pueden bien percibir. Pondré cuidado con los idiomas, y de este modo adivinaré algo, principalmente el francés que me gusta más. Allá en Roma quien sabe que tal me irá con el italiano.

Yamé al criado del hotel, le entregué toda la ropa sucia para que me la lavaran inmediatamente, lo que se verificó dentro de tres o cuatro horas, a pesar de que hoy es Domingo. Hoi el repique de las campanas de Santa Magdalena, me fui al ruido de las campanas atendido al villete que llevaba del hotel. Oí una misa y en otra iglesia (fl. 38) que llaman San Roque oí otra. Anduve bastante solo, mirando algunas cosas: y al fin tomé un coche y me trajeron al hotel: salí por la tarde a distintas partes, como a las siete de la noche volví en otro coche y comencé a conocer mi hotel por que es de gran gusto. Otro día que no me levanté bien de mañana, me acordé del pasaporte y todo lo que era necesario para tenerlo listo y salir a las nueve de la noche. Yamé al intérprete y le dije: fuéramos juntos pagando su agencia. Fuimos donde el Nuncio Apostólico, por que yo deseaba conocerlo y al efecto lo vi. Era un hombre muy gordo y muy grande, tomó mi pasaporte y dijo: aquí falta la filiación, y le contesté: nadie la tiene más clara que yo, señalándome mi nariz. Entonces me volvió a ver y se sonrió. En mi tierra no usan poner la filiación. Entonces en español algo cerrado me contó unos cuantos cuentecitos, y me dijo que si quería recomendaciones para varios amigos de Italia; le dí las gracias. Mas me dijo que llevara mucho cuidado con los garibaldinos, que era arriesgado mi viaje, que no (fl. 39) saliera de Roma, que abandonara el pensamiento de ir a las ciudades de Asis y Loreto y otros lugares que quería visitar. Fuimos a las otras oficinas a pedir los correspondientes pases. También fui a las tiendas y compré ropa regular y algunos adornos acostumbrados para mi uso. Volví a mi hotel en



disposición de salir esta misma noche para Marsella. En esta tarde encontré a una señora Dolores Chorbí de Málaga, viuda y como de unos cuarenta y cinco años de edad contando historias muy tristes, llorando y pidiendo alguna limosna para conducirse a su tierra. No tenía más cantidad que la de cuarenta francos, y necesitaba para su viaje la de sesenta pesos según la cuenta que ella misma hacía. Le dije: rece Ud por mi y tranquilícese. A las nueve de la noche saldremos para Marsella, aliste Ud sus cosas. Yo haré lo mismo. Busqué el coche en el que se acomodó mi pequeño baúl, y el de la señora que era tan grande como el Arca de Noé, lo pusimos en el asiento del cochero. Saqué las dos etiquetas de 1^a. Clase. La señora (fl. 40) me decía cada rato que si quería comer, que ella llevaba un almuerzo de salchichón y pan. Por fin en la estación de León mientras los otros pasajeros fueron a comer, nosotros nos comimos tal almuerzo. La señora no quiso salir del tren; yo me bajé y me retiré en unas cuatro varas sin perder de vista el No. de mi coche. En esto llegó un caballero y me vio a la cara diciéndome: Italiano? Y le contesté, no. Me replicó de una manera jocosa y me dijo *espique inglés?* Le menié la cabeza que no. *Ispique francés? No pique* le contesté. Entonces fue tanto lo que se rió que en el momento me trajo vino, dulces y pan y resultó hablando el español. Me preguntó quien era, para donde iba y aquella señora de donde era. Le conté abreviadamente todo, y me dio un papelito de su propia letra con la dirección de su casa para que a mi vuelta pasara a ella con la intención de que permaneciera cuatro días; que no me costaría mi permanencia en León nada.

Nos despedimos y salió la locomotora. Pasamos el Ródano: nos demoramos un poquito en Niemmes, vimos muchos pueblos. Otra demora en San Valerio; otra (fl. 41) en Valence, otra en Montelimalt, otra en Orange: otra en Avignon. Todas estas son ciudades grandes. Pasamos otro río y luego llegamos a Tarascon, después a Arles; en seguida a Marcella, a las veinte y tres horas de haber salido de Paris.

MARCELLA

Me dirigí al hotel de Benito Parera calle de Anarcis No. 1. Yegué a la puerta y pedí dos piezas separadas. Otro día heché las cartas a la estafeta para Génova, por que me acordé del resultado de las otras encomiendas y recomendaciones . En la



carta de don Manuel Ansaldo le acompañó un papelito en el cual decía: que en aquel hotel pasaría de vuelta, y que con mucho gusto le traería cualquier cosa a América. El día que amanecimos en el hotel, la tal señora no abrió la puerta de su cuarto y ya era tarde. Bajé yo solo al café, volví y la puerta cerrada. Cuando de repente me dice: señor don Ramón, estoy a su disposición para el almuerzo. Salí sumamente elegante pintada (fl. 42) que parecía una rosa, flores en la cabeza, miriñaque y toda clase de adornos que no aguardaba yo. Me reí casi a su presencia, y no pude contenerme en la risa. El favor que había era que la tal señora me acompañaba en la tal risa, Luego me le puse un poco serio y bajamos a almorzar, diciéndome a continuación que fuéramos a conocer la ciudad. Le contesté que tenía muchos sueños atrasados y que en los cuatro días que pensaba permanecer allí apenas los repondría.

Se quedó confinada mirando pasar los coches y de noche mirando las estrellas; tal que no me llamó para que viese un astro en el cielo. Realmente lo vi, y calculé que estando en la plaza de Heredia se vería sobre la ciudad de San José; y tuve cuidado de preguntar cuando llegué a Heredia en dónde se había visto el astro, y me contestaron que en dirección del Barrio de Santa Bárbara. Yo seguí durmiendo en el hotel y mirando pasar gentes, clérigos, frailes, hermanas de la caridad, soldados franceses y algunos personajes del ejército. También algunos soldados moros que habían venido con los franceses de la Palestina. El jueves de la (fl. 43) misma semana, le saqué el villete para la navegación en el Mediterráneo a la señora Chorbi para que la llevase a Málaga. Le di un napoleón de veinte francos para la llegada en casa. Me ofreció mandarme una encomienda de pasas a Puntarenas, en los buques de la casa Heredia. Hace un año y las pasas no parecen. El viernes a las nueve de la noche me embarqué en el vapor que iba directamente a Civita Vecchia. La navegación estuvo buena: el Golfo León a la par de Córcega estaba bueno y vi la isla de Elba, Montecristo y otras muchas. El Sábado por la mañana fondeó el vapor en el Puerto Romano. Yo había ido en esta navegación con unos tantos españoles dispensandos; por que el concordato español previene que todos los parientes que se casen en España, tiene uno de ellos que comparecer en Roma para la dispensa llevando de la novia el poder necesario para casarse allí, pagando primero en su tierra y de segunda vez en Roma, fuera del costo del viaje.



Me dijeron que la (fl. 44) policía romana, la administración, guardas y todos aquellos habitantes eran los más malditos del mundo: que registraban hasta las tripas: que por la menor cosa ponían preso a cualquiera y pagaba una multa; y que fuéramos con muchísimo cuidado pasando por cuanto ellos quisieran: con los brazos cruzados y los pasaportes en la mano. Todos ellos no llevaban más que un saco que ellos llaman de noche y solo yo llevaba cofre.

CIVITA VECHIA

Yo había pagado el villete de ida y vuelta a la compañía de vapores Napolitana para navegar en el Mediterráneo. Vino una lancha de la capitanía del Puerto, y un personaje que la comandaba; después de mandarnos formar sobre cubierta, le dijeron al capitán del vapor que presentara los pasaportes de los pasajeros y que todos pasáramos a la lancha; entonces me dieron a mi otra etiqueta cambiada por la mía de otro señor que iba para Napoles, quise advertirlo y me hicieron señas para que me callase, preparé (fl. 45) el baúl para hecharlo en la lancha y me dijeron que no. Caminamos en fin a tierra y luego dije yo que mi equipage faltaba, y entonces me dijo un viejo, vaya Ud a traerlo, lo que verifiqué inmediatamente. Lo presenté a la administración, lo abrí y lo registraron todo cosa por cosa. Pagué ciertos derechos de plomo y algunos mecates: luego apartaron los pocos puros que llevaba, admiraron la clase de tabaco tan bueno, y cada uno de los presentes tomó el suyo y se hizo una fiesta. Yo tomé algunos para llenar las bolsas, y los demás que quedaron que serían dos libras, quedaron depositados en la aduana, y pensé que este depósito sería para siempre. Pagué otras cosas sin saberse por qué. Un tal viejo que se llamaba Bárbaro hablaba español, me exigió un peso por acompañarme y sacarme el villete de la estación y me dijo: que igual cantidad le daba todo español y si no le daban esta suma quedábamos allí enredados por uno u dos días. Este era el gran favorito que teníamos los españoles en este lugar. Tomamos después de tantas cosas el tren y salimos a la estación de Palo. Vimos unos campos muy bonitos y que se parecían a la entrada a la ciudad de Cartago, mirando la ciudad desde la cuesta de Quircot. Como a las once de la mañana llegamos a la casa de la estación de Roma (extramuros). Nos dirigimos todos a la



calle del Navarino No. 58 (*donde*) Perla y Victoria Granchi, frente al Convento griego, cuyas señoras no me querían dar posada, porque no era de los dispensandos españoles, y que estos les proporcionaban la ganancia de dos pesos mas de lo acostumbrado por el viaje que tenía que hacer con ellos a la iglesia para casarse por poder en lugar de sus esposas. Yo les dije que les pagaría ese tanto y algo mas con tal que diesen posada. Convinieron y yo me avine por estar en compañía de españoles.

ROMA

El día ocho de julio, a los treinta y (fl. 46) ocho días del embarque en Puntarenas estube en la Ciudad Eterna. Este mismo día comencé por entregar las cartas y la onza de oro al tío y hermanas del Padre Lamessi cura de Esparza. El tío era el Dr. Médico llamado Vincello Caballini el que leyó su carta en mi presencia, y casi desde ese momento no se volvió a apartarse de mi por mas que procuraba esconderme de él. Me salió cara esta recomendación, y ví que no era tan personage como me habían asegurado, Las hermanas de dicho Padre las pude correr; pero a mi tal médico me fue imposible.

Por fin ya estaba en la gran ciudad de Roma. Es necesario pensar de que modo hago todas mis cosas. Yo no soy más que un correo de Nuestra Señora del Carmen. Conduciré a mi tierra cuanto consiga en esta ciudad eterna, tendré muchísimo gusto en ser como decían antes *el macho de las bulas*: tales y cuales negocios quedan encomendados a la protección de María Santísima del Carmen (fl. 47); otros por separado al Patriarca San Francisco de Asís, dejando el cuidado de mi persona y el acierto de mis palabras a San Juan Nepomuceno. En nada de esto faltó a la verdad.

Dios haga lo que convenga para el bien de nuestra Iglesia.

La mejor (*normativa*) en estas circunstancias, es la de prontitud sin reparar en gasto alguno. En efecto todo anduvo bien.

Nada quiero decir de la manera, prontitud y felicidad con que me despacharon todos mis negocios.



Cosa admirable en Roma en las circunstancias de guerra. Mis comunicaciones dan a entender algo de aquella aceptación que felizmente tube con los grandes personajes de aquella Corte. Yo me figuro un sueño, y ahora después me confundo al ver todo lo que hice en quince días. Juzgue el que quiera y pregunte el resultado.

A los dos días encontré al Presbítero don Felipe Cruz de Honduras, comisionado del Vicario del Sid en contra del Gobierno Guardiola que tenía dos meses y medio de permanecer en Roma, y no había hecho nada, por que el otro comisionado por parte del Gobierno ya había arreglado el negocio y dicho padre no había hecho más que entregar una nota y permanecer allí por aguardar la contestación. Me contó infinitos trabajos, enfermedades que había padecido y que ya pensaba ya irse sin contestación. Quizo Dios que al otro día se la conseguí, y en el momento se vino para Francia a arreglar sus cosas para cuando yo pasase venirse conmigo. No quizo demorarse una hora más en Roma. Nos despedimos y me pronosticó que aunque me consideraba algo dichoso y hábil, no conseguiría nada en quince días como yo pensaba.

Compré ropa de lino listada, dos sombreros a la Italiana y Garibaldina, una levita de colores. En fin me vestía conforme a las circunstancias; y (fl. 48) más de una vez me reí de verme pues toda mi intención era que no distinguieran por el vestido.

Un día únicamente anduve con el vestido de eclesiástico en el cual hice la visita *ad limina apostolorum*. Me confesé y ayuné ese día.

Compré un baúl grande en el cual acomodé por separado las reliquias, libros y otras cosas en las cuales acomodé los hermosos cuernos que traje de los bueyes de Roma.

Permanecí los quince días señalados y otro día que era el veinte y tres de julio salí de aquella admirable ciudad, junto con un españolito de Viscalla don Tirso Torres que vivía en la tal casa de la posada, el que me suplicó vivamente lo sacase de allí.

SALIDA DE ROMA

Yo creí que había perdido a mi médico y ya daba gracias a Dios por tal felicidad y hablaba con don Tirso Torres de los montones que me había fregado durante mi permanencia en Roma, cuando de repente salió de (fl. 49) una casa y me dijo muy



cariñoso: tengo que ir hasta Civita Vecchia con Ud: yevo aquí mis cartas abiertas y todo secado para escribir en ellas lo que se ocurra a don Jasinto Lamessi. En efecto se vino, se metió en el coche y comenzó a contarme distintos cuentos. Saqué los tres billetes, hizo viaje el tren y llegamos a la estación de Palo, y se ocurrió una cosa muy bonita y es la siguiente: se bajó inmediatamente y me tomó de la mano diciéndome: *volociter Domine*⁶. A poca distancia estaba una casa muy bonita. Entramos en ella. Vi una mesa adornada con frutas, fresco, licores etc. y una señora muy bien vestida, como de veinte y cinco años de edad con una particularidad muy notable: un ojo gato y el otro negro, una trenza negra y la otra rubia. Nos recibí con un agasajo extraordinario y el médico viejo le dice en italiano: Madama tiene Ud aquí al señor Dr. Monseñor y gran personage de la América Central, hombre muy sabio, rico y sumamente (fl. 50) generoso que puede hacerla a Ud muy feliz. (Señor Canónigo Gonzales) contestó ella, si yo mereciera a Ud. ocupar un lugarcito en el corazón de Monseñor, sería muy feliz. Todos estos y otros muchos circunloquios eran en italiano, que yo entendía regular; pero resolví hacerme tonto y decir muchas veces : *no capisco*, que quiere decir no entiendo. Voy a *Terra alen* y pienso mandar mis cosas a America o dejarlas en depósito en Marcella: tomar un vapor a la Palestina, Pueden figurarse cuantas cosas no se ocurrirán en este lance. El caso es que la tal señora tenía listo todo su equipage y pasaporte para venir a América. El médico quedó chasqueado, pero siempre siguió conmigo con toda humildad. A la señora le di unos santos cayucos, panlos y algunos francos para ajustarle el valor como de cinco pesos. Me despedí, tomé el tren y dije entre mi: ningún joven debe venir a Roma, por que pierde hasta la fe y se verifica eso en el adagio vulgar Italiano: *Roma veduta, fide perduta*: que quiere decir: vista Roma, perdida la fe. Hablamos de secreto con el Sr. compañero don Tirso, y me decía: cuando se quita Ud. de esta garrapata? Con bien lleguemos al Puerto para no volver a ver este viejo jamás. Por último siguió escribiendo en sus cartas el referido viejo y continuó el tren hasta que llegamos a Civita Vecchia. Dormimos esa noche todos tres en un mal hotel: todos los gastos eran de mi cuenta. En la mañana del día siguiente, le dije a mi médico: sierre todas las cartas y entréguemelas por que ya es hora de la partida. Todavía encontré en la administración como una libra de

⁶ Esta como otras expresiones en latín son imprecisas o no son en ese idioma. Dominé, por ejemplo, es italiano no latín.



mis puros de Chircagre. Pagué el depósito y me alegré haber encontrado algo. Continuó escribiendo ciertas cositas. Cerró las cartas y me las entregó. Luego nos dirigimos al embarcadero y me despedí de este matapalo (gracias a Dios). Le abracé y me aparte. Me llama y me dice: *Domine osculame*. Me acerqué lo besé, cuyo osculo siempre lo tengo presente. Tomé el vapor, acomodé mis cofres en mi gavina en la cual le señalaron su camarote a don (fl. 51) Tirso y me decía: Don Ramón, ya salió del primer matapalo, le faltaba el segundo que soy yo. Solo siento que el villete que lleva con intención de hacer el reclamo en Marcella, no va a conseguir nada; y yo le confesaba que con esta dinero iba a comprar en Marcella distintas cosas. La navegación fue muy feliz. Venía de Nápoles un joven que hablaba algo de español y perfectamente el Frances y le supliqué que hablara por mi algo en la administración de Marcella para que no me hicieran perjuicio en mi equipage, por que no llevaba nada de contrabando, ni cosa para que pagara derechos por que venía en derechura a América, y le conté brevemente que contenían los baúles. Me dijo que contara con él y que me iría muy bien. Yegamos a la tal aduana, éramos como cincuenta pasajeros. En la bulla de registros, me encontré que había que abrir los baúles y más tantas cosas mas que había que practicar todas en mi contra. Volví a ver a un lado y a otro y mi amigo para que siquiera me sirviera de intérprete, cuando aparece de repente y les dice a los guardas: caballeros no queréis tocar ese equipage por que se secarían vuestras manos. Este señor es un santo padre de América y trae de Roma hasta agua bendita en esos baúles. Entonces se rieron mucho y dijo uno de ellos: cojan ese equipaje, pónganlo afuera para que se lo lleve ese santo padre y no se nos vayan a secar las manos. Salí con mi compañero para el Hotel Parera. Fui inmediatamente con mi intérprete a hacer el reclamo del villete de navegación que me habían cambiado en Civita Vechia. Tube la dicha, con la pérdida de tres pesos, que me devolvieran lo demás, que fue ciertamente un hallazgo para mi.

MARCELLA DE VUELTA

Paré un día en aquella hermosa ciudad. Conocí lo mas notable y principal que había en ella. Vi como cerca de mil buques fondeados en el puerto. También vi la loza gravada en honor al finado señor Arzobispo Mosquera de Bogotá que había muerto



allí. Habían (fl. 52) muchas cosas particulares dignas de hacer un viaje solo por ir las a ver. Supe en este hotel que el abate de San Martín y don Manuel Ansaldo habían escrito encargando me dijese que me esperaban en Génova para cumplir con las recomendaciones de Puntarenas. Pensé escribirles, y resolví no volver para atrás y dejar para otra época el viaje a Génova y dar las gracias a las señoras que me recomendaron. Yo que venía aburrido de los italianos y ya me consideraba en Costarica, dije: para atrás no vuelvo ni a cañonazos.

El viaje a Palestina lo haré aquel día que nuestro señor Jesuchristo venga a juzgar a los vivos y muertos. Seguimos platicando con mi amigo don Tirso Torres y cada rato me refería lo que duraba salir de Roma. Se reía de la manera mas estrepitosa de los consejos que yo le había dado, los que salieron completamente acertados: hacía cuenta de lo mucho que yo había gastado en la casa de las Granchis, lo que me respetaban dichas señoras; y que debido a mi se encontraba (fl. 53) en tierra libre. Llevaba este joven un libro de cuentas de todo lo que me debía para presentarlas a su padre y familia junto con mi nombre para pagarme en alguna ocasión. Tomé el ferrocarril en derechura a Paris. No fui a donde mi amigo que me aguardaba en Leon, ni quise ir a ver al Emperador que estaba en el baño de Visi (*Vichy*). Yegué a la estación de Paris junto con el joven que me había hecho el favor en Marcella. Allí le correspondí sin pensar lo que él había hecho conmigo. Por una necesidad material, abandonó su equipage, creyendo que mientras volvía no abrirían la puerta para que entraran los pasajeros del espreso. Apenas se fue abrieron la puerta y mandaron entrar a todos. Yo que vi entonces su equipage que quedaba perdido, me lo heché al hombro, recibí el mío, busqué quien lo llevara al ómnibus, y pagué la demora hasta que pareciera el dueño del equipage. Como a los tres cuartos de hora andaba el joven desahogado y casi sin esperanza de conseguirlo, ni (fl. 54) derecho a reclamo a la administración. Cuando lo ví como a las cien varas, le grité mucho hasta que oyó y se vino para donde mi casi llorando: le entregué su saco el cual contenía un gran peso, me quiso regalar su reloj, no quise aceptar: luego me daba un papel con cierta porción de oro en polvo, que tampoco acepté y decía entre otras palabras: este Sr. si que es sacerdote honrado. Siguió haciéndome varios obsequios que me tubieron gran cuenta.



DE VUELTA EN PARIS

Supe en el hotel Vilvao, que don Manuel Arguello estaba enfermo en un hotel del otro lado del Sena. Fui a visitarlo, lo consolé cuanto pude y le dije que dentro de un año lo casaría en San José. Lo que por una casualidad se verificó, tres meses antes del año. Le ofrecí traerle un regalito a su novia, que con él le pediría a Dios lo sacase de sus trabajos.

Visité al joven Sacaza y le ofrecí suplirle dinero para que se viniese. Me dijo que si aceptaba (fl. 55) pero otro día que le busqué sin duda se escondió. Mas tarde se arrepentiría de no haberse venido, y su familia de Nicaragua llegará un día en que les pese haberlo mandado. Compré algunas cosas para traer y sobre todo libros: mandé a revisar el pasaporte, me lo trajeron inmediatamente. Fui a las Tullerías, al Campo de Marte y a otras partes. Pagué el hotel y le deje saludos a don Braulio Morales que me dijeron estaba actualmente en Alemania. Todo esto lo hize en dos días y salí para Londres y felizmente me vine por otra vía mejor que en la que había ido. Yegué a Boulogne. Aquí hubo un chiste. Yo iba solo en un coche por que ya todos habían quedado en distintas partes. Se paró el tren en una ciudad. Yo creí que estábamos en alguna estación y me quedé fumando descuidado, cuando llegó un guarda y me dijo en mal español: señor Canónigo bajase Ud pronto, y tome el pasaporte y corra al embarcadero por que se queda en tierra: ya (fl. 56) su equipage va adelante. Salí corriendo como cuatrocientas varas. Yegue al vaporcito que casi salió en el acto. El canal estaba bueno y el vaporcito era inmejorable. Como a la una de la tarde llegamos a un puerto de Inglaterra: con el pasaporte y la etiqueta que tenía para navegar en la Mala Real justifiqué que iba de paso y no me registraron los baúles. Yegamos a Londres bien temprano de la tarde. Me fui al mismo hotel Cabrera que ya conocía. Allí encontré a un señor que se llamaba don José Regules de Oajaca, don Joaquín Paris y un su sobrino de Barranquilla junto con otros que venían a embarcarse a Sauthamton. Otro día calculé sobre el dinero que tenía para gastar algo y que no me faltese para los gastos necesarios Fui donde el Capitán Le Lacheur y me entregó, no las cincuenta libras que era con las que yo contaba, si no cincuenta y tres y más chelines; y me dijo que si al fin necesitaba



algo de dinero, y yo le contesté que no. Le dí las gracias y me despedí de él para salir (fl. 57) otro día para el puerto junto con los señores que estábamos allí. En fin salí con mis compañeros y llegamos al otro hotel de Cabrera en Sauthamton. Encontré allí a un tal Padre Piña mejicano. Cargaba este señor en su cuello siete cadenas de oro y toda su conversación era de riquezas y sumamente maliciosas todas sus ideas.

La policía lo registró a pedimento del dueño del hotel, por que se había desaparecido un hermoso reloj de su propiedad.

Un licenciado español don Ramón Porta de Solanz y su esposa que era una guatemalteca se embarcaron también con nosotros. Me dijo este señor por la mañana antes de embarcarnos, que el iba a arreglar una partida de vino y se iba en derechura al vaporcito, y que yo le hiciera favor, puesto que ya tenía mi equipage embarcado en el vapor Glencoe, de conducir a su señora a la embarcación. Lo hize así; y cuando íbamos a entrar al tal vaporcito con la señora del brazete, salió de (fl. 58) repente don Felipe Cruz, el clérigo de Honduras que había venido de Paris en derechura a embarcarse a aquel puerto, y me dijo: Oh hermano, y Ud ya viene casado? Nos reímos algo. Dentro de poco rato llegó don Ramón y recibió a su señora. Nosotros comenzamos a hablar acerca de Roma. Me dijo: ¿Como le fue con los italianos en Civita Vecchia? Le dije que bien, No lo creo, me contestó por que a mi me fue mal en todo y Ud no ha tenido tp (tiempo) para hacer nada en Roma. Dijo, pues a mi me pusieron preso en Civita Vecchia: aquellos malvados me hicieron pagar tres pesos de multa, y si no hubiera sido por el señor Gutiérrez encargado de Guardiola que habló por mi, me hubieran mandado amarrado a Roma. Y le dije, por qué? Por que faltaba la firma en el pasaporte de Lorenzana⁷. Entonces le expliqué: yo mandé mi pasaporte al Albano que está como a cinco leguas de Roma, y me costó cinco pesos. Sí, sí, pero yo al fin lo hize con los tres pesos de la multa, y el (fl. 59) rato que me tuvieron preso. Ah, Dios me libre de todos esos malditos, haciendo una cruz para Italia. Entonces comencé a recordarle que había tenido la dicha de besarle la mano al señor Pio IX, la que no tuve yo, y entonces por poco me pega, y me dijo: nada he sacado con eso: Ud no lo hizo, por que era otro italiano, tal que si

⁷ Se refiere al Marqués de Lorenzana, embajador de varios países centroamericanos al Vaticano.



Ud no hubiera sido no traigo mi contestación, y no besó la mano por que era digno. Ah viejito que Ud tiene la de Judas.

A BORDO EN EL SENA (*SEINE*) DE VUELTA

Hize distintos tratos y cambios con los pasajeros, salí de sombreros, levitas listadas que todo me recordaba los trabajos de Italia.

En la navegación, me dijo el clérigo hondureño que dudaba de todas las gracias y privilegios que yo le contaba traía de Roma: que hasta que el las viera y las leyera lo creía, dejándome a mí en buena opinión y fama.

Nos desocupamos cierto día (fl. 60) para ver todo. Le enseñé y se quedó admirado y además vio las reliquias que traía y me dijo: hermano, estoy cierto y me alegro muchísimo, que si en Roma son gavilanes, Ud es aguilucho. Déme algunas cosas para llevárselas a mi madre que estoy pronto a pagarle. Sí, le dije. Entonces contestó: contemos por curiosidades las gracias que Ud lleva y tomando los papeles en la mano comenzó a contar y el mismo dijo sesenta, y las que vienen atrás. Le dije: es cuanto se puede decir. No le faltó más que traer a San Pedro. Yo no supe en Roma donde se despachaba todo eso, y en qué parte habían rosarios y reliquias; por que todo aquello no se entiende, por que ni con el dinero en la mano, encontré yo quien me hiciera alguna cosa, pues allá lo que corre mejor son las alabanzas y Ud spre (siempre) está en Pascua que es cuando se usan. Por todas partes anduve: fin al Capitolio y a otros muchos lugares y nunca encontré con quien entenderme. Yo no (fl. 61) debía haber venido con esta comisión, a Ud debían haberle encargado el negocio del padre Sid que otro gallo le hubiera cantado al proceso de Guardiola.

DE VUELTA EN SAN THOMAS

Yegamos sin novedad a la (*hora de la*) oración. Otro día salí a tierra con mi amigo don Felipe Cruz y fuimos a la librería de Correa, compré algunos libros, puros habanos y algunas otras cosas. Vimos una pobretería espantosa, dos muertos que llevaban a enterrar. Le dije a mi compañero, abordó pronto, aquí espantan, no vuelva los ojos para ninguna parte, me arrepiento de haber venido a tierra, quién



sabe que pestes habrían aquí. “Estoy tan pronto a obedecer a Ud en todo que desearía que Ud se fuese conmigo a Honduras, que siempre lo respetará como a un padre; y podría ser que se presente alguna ocasión, para manifestarle mi gratitud”. Le dije, déjese de solfas y vamos al bote prontamente.

Otro día salimos de San (fl. 62) Thomas en el vapor *Támesis*⁸, llegamos sin novedad a Colón a los tres días y medio. El señor don Joaquín Paris iba a pasar por Cartagena, y me volví a acordar de la señora Bobadilla de Cajas y le mandé otra encomiendita de cinco pesos y una carta. Este señor me regaló una hermosa leontina de pelo con su chapa de oro para que siempre me acordara de él. Fui donde don Alicia y lo encontré algo alegre y me dio un número de La Gaceta de Costarica en la que ví que los Presbíteros don Manuel González y don Pedro Sandobal habían salido para Guatemala y dije a mi compañero, este es el año de viajar los padres. Pasé por el memorable hotel, ví a Josefiel muy flaco y descolorido, sin duda del chicote: le conté a mi compañero la historia y le dije saquemos pronto la etiqueta por que aquí confirman. Dos tasas de café nos costó dos reales cada una, y yo quince pesos mas por el peso de los baúles que ya eran tres y llegamos a Panamá y me dirijí de nuevo al hotel Haspinal. (fl. 63).

DE VUELTA EN PANAMA

Fuimos donde el señor Vásquez, obispo de aquella Diócesis. No le encontramos en palacio. Otro día nos hizo una visita al hotel que me sorprendió algo por que fue con su previsor y dos pages. Me preguntó acerca de mi viaje, y le conté abreviadamente el resultado y me dijo: un hereje se puede convertir con el viaje del señor Canónigo a Roma. Yo cuando fui a Italia, gasté cuanto tenía: pagué dos multas en Civita Vechia; perdí allí hasta las llaves de mis baúles; pasé una noche preso, y dormí sobre mi maleta y gasté para llegar seis meses (es verdad que fue en buque de vela), me sostuvo el convento de mi orden siete meses, dejé los baúles y cuanto tenía en ellos en Roma. Por fin me trajo de limosna el señor Obispo Veterí a San Salvador, y si no hubiera sido esto jamás vuelvo a la América; y Ud en tres meses ha ido y vuelto con toda felicidad. Ha hecho lo que muy pocas personas harán en lo (fl. 64) sucesivo. Gracias a Dios, yo pensaba mucho en su viaje, y no me

⁸ Vapor de la Mala Real británica.



figuraba un resultado tan feliz. Le hice un regalo en correspondencia de los beneficios que le había hecho al padre Zamora durante su permanencia en aquel estado, el cual se había ido ya para Guatemala.

A los nueve días de permanecer en aquel lugar en que cuesta tanto la vida, me embarqué en el vapor viejo *Columbus*⁹, y llegué a Puntarenas a los tres meses menos tres horas de haber salido de allí.

DE VUELTA EN PUNTARENAS

Yo había escrito abordo una carta para el padre Sáenz, otra para don Juan Pablo Fernández en San José, otra para mi tío el padre Zarret, y saqué las que traía de Italia para don Alejo Jiménez, don Joaquín Bernardo Calvo, las del cura de Esparza, la de la Municipalidad de Heredia en que le daban noticia de la comisión que yo había desempeñado a su nombre, una correspondencia del señor Obispo de su Santidad y otra para (fl. 65) el señor Dean, que me costó mucho conseguirla por que no es costumbre en Roma que su Santidad escriba a particulares, sino únicamente a los gobiernos y Obispos.

Todas las heché en el correo me despedí de mi buen amigo del Felipe Cruz, dándole tantos regalos para que llevara a su tierra y una obra de teología por Perrone para que se acordara de mi. No olvidaré jamás esa triste despedida que casi por señas la hicimos. Dios le dé felicidad en su curato de Erandique (Gracias). Tal vez no nos volvamos a ver jamás. Se me aparece en el vapor don Carlos Moya y mirándome a la cara me dice: padre que es esto? Que ha venido tan pronto? Le dije la felicidad con la que había andado. Se hizo cargo de todo mi equipage y me condujo en el bote del estado a tierra y luego a la casa de los señores Lizano.

REGRESO AL INTERIOR

Fleté mis baúles y alquile una (fl. 66) mula aperada, pagué todo y me cobraron seis pesos para el camino, el único superabit de los tres mil pesos que había llevado

⁹ Vapor de la Panama Railroad Company en servicio entre Centroamérica y Panamá.



propios y todo lo demás había concluido. El cura de Esparza me estaba aguardando, y lo primero que me dijo, que le habían escrito diciéndole que me había ido muy bien en todas mis cosas; que traía unos hermosos cuernos de los bueyes romanos, y que si creía yo hubiese probabilidades que los Piamonteses entraran a Roma, y le dije que no había ni esperanza por que Francia, Austria y España sostienen la causa de Su Santidad, y que aguardara el resultado por el contrario y que esto sucedería no muy tarde. Dormí en Esparza y otro día llegué al Desmonte y muy de mañana salí para evitarle a algunas personas se molestasen demasiado. En la salida del Monte, me topó Matías Sáenz, entre poco rato, mi tío el padre Zarret y otros. Almorzamos en Atenas, cambié bestia y seguimos. De éste lado de La Garita encontré al Presbítero don Benito Sáenz, su hermano don Manuel y otros, de modo que ya (fl. 67) casi parecía una gran carbana de Oriente. Yegamos por fin como a las cinco de la tarde a ...

HEREDIA

Se hizo una gran bulla en la casa y muchos señores me visitaron de lo que me confundía al verme tan honrado.

Hablé despaciosamente con el padre don Benito Sáenz. Le dije todo lo que traía para la iglesia del Carmen, esta Parroquia y la mayor parte de las iglesias de esta República. Me dijo: están llenados todos mis deseos: no me presente cuenta alguna. Estoy satisfecho y conforme con lo que Ud ha hecho. El dinero recogido es una suscripción voluntaria de los vecinos y hermanos del Carmen etc. Con lo que Ud me dé, quedo sumamente contento. Entonces le contesté: venga dentro de dos días que llegarán los cofres. En efecto vinieron pronto y le entregué el baúl serrado para que acordinase todos los papeles, y que cada una de las iglesias (fl. 68) dueños de ellas, y los particulares que también venían, diesen una limosna para el trabajo de la iglesia del Carmen, como también las comandes, las reliquias, un misal y otras cosas a favor de dicha iglesia.

Yo remití al señor Obispo las sólitias, la certificación de visita que dio la sagrada congregación, un misalito, el índice de libros prohibidos, la recopilación de los



novísimos decretos, el almanaque universal de los personajes Romanos y todos los señores Obispos del mundo católico y otras pequeñeses.

La ilustre Corporación Municipal de esta Ciudad me comunicó la nota que a la letra dice: “No. 93 Señor Presbítero Canónigo don Ramón María Gonzalez = Setiembre nueve de 1861. La Corporación Municipal de esta Provincia en sesión extraordinaria de este día, a su artículo 1º acordó lo siguiente: = 1º. Se recibió una nota del señor Gobernador de esta provincia enmarcada con el No. 341 y fechada el seis de los corrientes en la cual transcribe una nota del señor Marqués (fl. 69) don Fernando de Lorenzana fechada en Roma el 20 de julio próximo pasado, en la cual manifiesta que el señor Canónigo don Ramón María González, entre los varios asuntos sumamente importantes que llevó a aquella dominante del mundo Católico, también presentó a la Santa Sede el expediente o exposición dirigida por esta Corporación al Sumo Pontífice y que tan digno eclesiástico ha trabajado con admirable tesón y fortuna por conseguir el mejor resultado posible de tal negocio. Agrega: que si bien no viene una Respuesta Pontificia a la referida exposición, es, por que no es costumbre que el Papa conteste a las súplicas de esta naturaleza; y que le consta que ha causado allí estupenda impresión, todo lo que la ciudad de Heredia hace en bien de la religión, y que esto dejará agradables recuerdos.

Así mismo manifiesta: que ha celebrado conocer al señor canónigo González, cuyas circunstancias y notable aptitud, le ponen (fl. 70) en estado de prestar relevantes servicios a la patria y que se le ha ofrecido gustoso para cooperar en cuanto le sea útil a sus deseos; y en su vista esta Corporación, acuerda: que el señor Gobernador de esta Provincia a nombre de la misma, y en representación de la Ciudad de Heredia, de las más expresivas gracias a Su Santidad y al señor Marqués don Fernando de Lorenzana por los importantes servicios con que inmerecidamente han favorecido a esta Provincia; igualmente acuerda: dar al señor Canónigo don Ramón María González las mas cumplidas enhorabuenas por su feliz regreso a esta ciudad y por el buen desempeño de la comisión que le fue encargada por esta Municipalidad, de cuyos importantes servicios la Provincia de Heredia le vivirá siempre muy reconocida; y por último, que la nota de que antes se ha hecho



referencia, se custodie en el archivo, como un documento interesante para la posteridad=”

Y de orden de la misma lo transcribo a Ud para su conocimiento siendo honroso suscribirme atento (fl. 71) servidor – José Ma. Morales Sctro.”

RESULTADO

Yo le había suplicado al señor Gobernador Moya que no publicara nada por la prensa a mí favor acerca del viaje, pues dicho señor estaba sumamente admirado y agradecido del servicio que había hecho a esta Provincia, porque yo creía que ciertas personas estaban contra mi y tenían la misma disposición que a mí salida y que querrían saber algo curioso de lo que antes suponían; en fin desearían que yo publicase alguna cosa para ridiculizarla y llevar adelante sus miras. Convenimos en guardar silencio y dejar al tp (tiempo) que verifique las cosas.

Yo me iba ya consolando con la manifestación del ilustre cuerpo Municipal y la satisfacción de este vecindario, cuando me saludó La Gaceta con un fuerte comunicado, titulado “Albricias” en que me ridiculizaba la prontitud con que había hecho el viaje a Roma y que no había estudiado las (fl. 72) costumbres de Italia: que me había dejado engañar creyendo que todos eran unos santos: que había aceptado la Comisaría de Tierra Santa, y oras consideraciones insignificantes: que estaba vendiendo camándulas a precios cómodos, etc.

No contesté, por que aquí estaban todos bien entendidos de lo contrario, y era dar lugar a una polémica inoficiosa y contraria a la religión.

Resolví dejarlos hablar, para que me dejaran obrar y no perder el hilo de mis deseos; y dije: así aguardaba el pago de mis fatigas. Dios permite eso para desengaño de los que procuran hacer algún bien sin perjuicio de nadie. Pasiencia y perdona los que han querido tener parte en lo que no saben.

CONCLUSION

Entregué a don Juan María Solera los recibos de seis mil misas, bien dotadas que había pagado en Roma a distintos monasterios sumamente pobres a favor del



señor Presbítero don Secilio (fl. 73) Umaña. También entregué su habilitación al señor Presbítero don Pablo Sandobal y algunas otras cosas para pagarle la fineza y confianza que me había tenido. Igualmente entregué a los particulares todas las cosas pertenecientes a ellos, y a mis amigos algunas otras pequeñeses en prueba de mi gratitud.

Tomé mis breves y rescriptos y los presenté al señor Obispo el que les puso el pase correspondiente sin que me costase cosa alguna, para que surtieran sus efectos a favor de todos los fieles del Obispado. Al efecto se estableció las estaciones del Sagrado Viacrucis en la iglesia de los Tres Ríos, pues casi era desconocido entre nosotros esta facultad tan necesaria para poder ganar todas las gracias que están concedidas en los santos lugares de Jerusalén. Quedaron en esta iglesia tres hermandades y distintos privilegios a nuestra Señora del Pilar. Se fundó en la iglesia del Carmen de Cartago el sagrado camino de la Cruz y en la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles quedaron distintos privilegios como (fl. 74) es notorio en la ciudad de Cartago y nada pagó aquel vecindario a favor de la iglesia del Carmen de Heredia. Las iglesias de la Capital, esto es las cuatro principales, la de la villa de los Desamparados, la de Escazú, Guadalupe, San Juan, Santo Domingo, las dos de Heredia, Barba, Alajuela, Grecia, San Ramón y Atenas, tienen establecido el Sagrado Viacrucis y, otras muchas gracias que agradecerán spr (siempre) a los vecinos de Heredia, y a la protección del Gobernador de esta Provincia y al virtuoso eclesiástico don Benito Sáenz.

Con el viaje a Roma, se ha simplificado tanto nuestras comunicaciones con la Ciudad Eterna., que casi todos los meses, me escriben; y después de mi salida de allí he recibido distintas gracias, dispensas y cuanto he pedido.

El Ilustrísimo señor Obispo don Anselmo Yorente La Fuente, ha recibido distintas comunicaciones del Santo Padre, en que le manifiesta el aprecio y gratitud con que le distingue, y para mi en el día es el Obispo que tiene mas valimiento en la Santa Sede.

Ya he visto formadas en la iglesia del Carmen la tercera orden de la Señora. La otra tercera orden del patriarca San Francisco y la hermandad de San Agustín. En la



Parroquia la de la Purísima y Nuestra Señora de las Mercedes y otras; de modo que están llenado los deseos que me propuse. Dios quiera que con esta ayuda hecha en el año de 61, se aumente la fe en toda Costarica, y ya no se hable mas de nulidad en las instituciones piadosas.

En otra época si continuase, acordaré mejor estas apuntaciones; y por ahora suplico dispensen las equivocaciones y solo vean el deseo de conservar las especies.

Heredia julio 15 del 1862.

Ramón Ma. González



NOTAS ANEXAS (*parece son de don Carlos Meléndez*)

Presbítero Ramón María González Zarret. (1812-1871, 58 años). Hijo legítimo de Andrés González y Manuela Zarret. Nació en Heredia el 18 de diciembre de 1812: fue inscrito como mestizo. Su tutor lo fue el Pbro. Miguel Zarret, hermano de la madre, pues su padre murió siendo él menor de edad. Estudió el sacerdocio en Guatemala y se ordenó sacerdote en 1838 en Cartagena de Indias (Colombia). Allí estuvo hasta 1840. (¿?). Luego desempeñó los curatos de Alajuela (1 año), Esparza (cuartos años y resto); de nuevo en Alajuela (4 años) y después coadjutor en Puntarenas y regresó a Alajuela; después cura de Barva (1852-53).

En la instalación del cabildo Metropolitano en San José en 1853, ejerció funciones de racionero. En 1859 fue nombrado Canónigo Tesorero y el 23 de marzo de 1864 fue elevado a la dignidad de Dean de dicho Cabildo.

Murió en San José el 25 de enero de 1871. (Sanabria, 1945).

Obtuvo en Roma el título temporal de basílica para el santuario de N.S. de los Ángeles.

Representó al Obispo Llorente en octubre de 1862, al reunirse la Santa Piadosa para la edificación de la Catedral de San José. En 1868 obtuvo facultades personales del Ministro General de los Franciscanos, para erigir la tercera orden en cualquier iglesia.

Un retrato al óleo suyo, pintado por Toribio Venez en 1865(¿?) está en la iglesia del carmen en Heredia (en la Sacristía).

(Su tío) El padre Zarret murió en Heredia el 30 de octubre de 1864...

NOTA DE TRANSCRIPCION (Jorge León)

Se ha conservado la redacción original. Las palabras que aparecen entre paréntesis presentan problemas de transcripción. Las notas al pie son todas del transcriptor.

